

56  
abssa  
C.R.

# APUNTES

DIRECTOR: ELIAS JIMENEZ ROJAS

☛ SUPLEMENTO N.º 7 ☛

15 DE OCTUBRE DE 1943



SAN JOSE DE COSTA RICA  
APARTADO 230



IMPRENTA TORMO

OFICINA DE CANJES  
SAN JOSE DE COSTA RICA  
MUNICIPIO CENTRAL

# APUNTES

DIRECTOR: ELIAS JIMENEZ ROJAS

SUPLEMENTO

SAN JOSE DE COSTA RICA

No. 7

15 DE OCTUBRE DE 1943

## Para ser un hombre cabal

Unos pocos fragmentos de la obra así titulada,  
de Harry Emerson Fosdick

La misión fundamental de todo sér humano es la de alcanzar el pleno desarrollo de su individualidad. La naturaleza nos ha dotado de los elementos necesarios para integrar esa individualidad. Nuestro primer deber es el de organizarlos en una existencia personal efectiva.

Puede afirmarse, sin temor a exagerar, que no hay tragedia más desgarradora en el mundo que la de esas vidas frustradas, infelices, que no han sabido encontrar su propio destino y acomodarse a él. Lo mismo en palacios que en chozas, entre los ignorantes que entre los doctos, en una palabra, en todas las condiciones y estados, abundan los que penan y padecen en un infierno terreno por haber sido incapaces de plasmar su existencia en el molde firme y duradero de una definida, persistente individualidad.

Tres son los factores que concurren a for-

mar la individualidad: la herencia, el medio y las reacciones personales.

La herencia es cosa ajena a nuestra voluntad y elección. Tampoco podemos cambiar ni modificar todas las condiciones del medio. Lo que sí está en nuestra mano es el adoptar frente a la vida una actitud *nuestra*, entera y personalmente nuestra.

Aunque esa responsabilidad pesa por igual sobre todos nosotros, cuando hacemos examen de consciencia y nos hallamos en falta, casi siempre se nos ofrece una excusa para disculparnos.

La menos válida de esas disculpas es la que achaca a nuestra mala suerte lo que nos sucede. ¡Ah, si otros han triunfado es porque la buena fortuna los acompaña y protege! Atribuimos nuestro fracaso, más al azar desfavorable que a nuestros errores o inconstancia. Es inútil negar que la suerte es un factor positivo en la vida. En realidad, el que no cuente nunca en sus cálculos con la posible intervención de una suerte aciaga, vive más en un país de ensueño que en este planeta de altibajos y mudanzas. Pero no ha producido la tierra todavía nada que pueda equipararse en precio y nobleza con un hombre infortunado de genuina individualidad. Lo que da carácter y grandeza a su existencia no es lo que le ocurra, de bueno o de malo, de próspero o de adverso, sino el espíritu con que lo reciba,

En una cárcel se engendró el *Quijote*; en una cárcel se escribieron, también, el *Progreso de los Peregrinos*, la *Historia Universal* de Sir Walter Raleigh y algunos de los mejores cuentos de O. Henry.

Pobrísimo pretexto es ese de la mala suerte. La buena suerte tampoco es, por sí sola, garantía de florecimiento de la individualidad. La vida no es una cosa tan sencilla, que baste la sonrisa de la Fortuna para darle valor y contenido.

Otros—y son muchos—eluden la responsabilidad de dirigir sus vidas, abandonándose muellemente a una especie de fatalismo.

Entre personas que están un poco más arriba en la escala de la inteligencia, lo corriente es achacar al influjo avasallador de la herencia y el medio aquellas cualidades personales que modelan los contornos de nuestro existir. Esa teoría está hoy en plena boga. En una larga serie de circunstancias, que van desde los cocientes de inteligencia hasta un ambiente deletéreo, ofrece dicha teoría variadísimo catálogo de excusas para toda clase de tropiezos y fracasos. No hay fallida existencia para la que no se encuentre aquí exculpación plausible.

Volvamos ahora la vista a los individuos favorecidos con una herencia de superiores quilates y cuya vida discurre en medio de las más favorables circunstancias. ¿Son ya, por eso, for-

zosamente, individualidades admirables? ¿Llevan encadenado por siempre un destino venturoso a cada uno de sus días mortales? Ciertamente que nó. Todos conocemos demasiados ejemplos del pésimo uso que puede hacerse de una herencia privilegiada y en un medio familiar y social envidiable, para que sea necesario detenerse a probarlo.

Una de las tareas más importantes que confrontamos en la vida consiste en vencer las dificultades y en sacar el mejor partido posible de las ocasiones desventajosas. ¡Cuántas veces está en nosotros mismos la razón íntima de nuestros descalabrós! ¡Y cuán difícil resulta, asimismo, que el culpable reconozca su falta! Muy a menudo nos parecemos a aquel labrador que iba arreando sus caballos con gran esfuerzo por un camino polvoriento:

—¿Es muy larga la pendiente?—le preguntó a un hombre que se cruzó con él.

—¡Qué pendiente ni qué nada, hombre!—contestó el otro. Lo que pasa es que a su carri-coche se le han caído las ruedas de atrás.

Es verdad que el mundo dista mucho de ser un coro de ángeles. Hay, por desgracia, mucha gente injusta, egoísta, cruel. Sin embargo, todos sabemos distinguir al hombre que para todas sus debilidades y vacilaciones tiene una excusa pronta, del que, en una *situación igualmente crítica*, busca en sí mismo, en el

mundo interior de sus ideas y voliciones, la razón y el remedio de su mal, y no se contenta con excusas ni con echar la culpa a esto o a lo otro. Los hombres de este temple saben que llevan en su propio yo la raíz de todos sus conflictos y que si se gobiernan acertadamente hallarán un camino expedito en la vida. A nadie se ocultará la rectitud de ánimo de aquel muchacho que le escribió a su padre después de haber perdido un partido de balompié: "Nuestros contrincantes descubrieron una brecha enorme en nuestra línea; esa brecha era yo."

Cada vez que triunfamos en un empeño, cada vez que alcanzamos algo por obra de nuestra voluntad y de nuestro esfuerzo, nos damos cuenta perfecta de la parte personal que hemos tenido en el éxito. Pues de la misma manera, debemos reconocer nuestra parte de culpa en los fracasos.

Así, pues, lo primero que exige de nosotros la existencia, para ser acreedores a vivirla con plenitud y dignidad, es que nos enfrentemos a nosotros mismos. Todos somos los forjadores de nuestra propia individualidad. Hay, sin embargo, multitud de hombres que gastan su tiempo y sus energías morales en debatirse contra cuantos factores puedan imaginarse en una situación cualquiera, antes de encarar el término capital del problema... que son ellos mismos.

Esa expresión tan común de “forjarse uno su individualidad”, es impropia. La individualidad, más que estructura fija, es como un río: fluye continuamente. Ser individuo es hallarse en constante devenir, en perenne hacerse.

De ahí que no se pueda juzgar con el mismo criterio del éxito de la vida de dos personas que se hallen en diferentes situaciones, o de la misma persona a diferente edad. Hay, sin embargo, una nota común. Un hombre de verdadera individualidad alcanza un alto grado de unidad interior. En su fuero íntimo se enlazan y coordinan los elementos, a veces antagónicos, que forman la trama del vivir: impulsos, deseos, emociones . . .

\*  
\* \*

La aplicación de los ideales éticos a la conducta debe estar en consonancia con el carácter particular, que no es naturalmente el mismo en todos los individuos. Hay hombres favorecidos con un temperamento tranquilo, ecuánime, que jamás se altera. Hay otros que pudieran decir como de sí propio dijo el doctor Stephen Tyng a alguien que le afeaba su aspereza: “Joven: me domino yo más en quince minutos que lo que tendrá usted que dominarse en toda su vida”.

No puede integrarse satisfactoriamente la individualidad, si no encuentra uno fuera de sí

mismo intereses y valores a los cuales consagrarse olvidándose del propio yo. Para adquirir verdadera y plena individualidad, tenemos que despreocuparnos de nosotros mismos.

Cuando se sale uno de sí mismo para consagrarse a algo más grande que su menudo yo, va olvidándose de su persona y entrando en una vida llena de unidad, de continuidad, de sentido.

Una de las satisfacciones más duraderas que puede experimentarse en la vida es la de olvidarse uno en su obra. De ahí que el ocio y la falta de propósito produzcan mayor número de neuróticos que el exceso de trabajo. De ahí que el desempleo sea una de las más trágicas calamidades que puedan darse, tanto por sus secuelas psicológicas como por sus males económicos.

\*  
\*\*

El dar expresión al ser íntimo y real de nuestra individualidad no debe confundirse con el estallido, con el desbordamiento de los instintos. Es algo diferente, de más honda naturaleza. No es en el libertino donde hallamos su realización, sino en el artista, en el hombre de ciencia, en la madre absorbida por el cuidado de su prole, en el hombre cívico que se afana en mejorar la situación de su pueblo, en el educador que puede repetir aquellas palabras

memorables del profesor George H. Palmer: "La Universidad de Harvard me paga por hacer algo, por hacer lo cual pagaría yo con gusto". Esas son las individualidades, encumbradas o humildes, que dan verdadera expresión de su propio sér. Una común cualidad las distingue a todas: la de darse, consumirse, en servicio de los demás. No viven para sí, viven para los otros.

De esa noble y adecuada expansión del propio yo se desprenden, por lo menos, dos consecuencias de orden práctico.

En primer lugar, nos da una visión benévola y risueña del mundo y de los hombres a través de ese lente envidiable que los ingleses llaman humor. Todo el que se preocupa demasiado de sí mismo sufre en castigo una ausencia absoluta de ese sentido del humor.

Otro de los efectos de la expansión del propio sér consiste en la capacidad de hacer frente a todas las vicisitudes. Téngase la seguridad de que aquellos que saben levantarse a la altura de las circunstancias y armarse de valor y energía para encararlas virilmente, *tienen puesto su pensamiento en algo ajeno a su persona.*

\*  
\* \*

Cuando Edward Everett Hale, en las postrimerías de su existencia, decía: "Yo tuve una

vez un enemigo, un enemigo encarnizado. Me he pasado el día entero tratando de acordarme de su nombre”, acreditaba tanto su longanidad como lo sano de su espíritu. Así también, Lincoln, como se le afease la generosidad con que se expresó respecto del Sur en la Guerra Civil y se le dijese con acre encono que debía desear la destrucción de sus enemigos, contestó: “Pero, señores, ¿no los destruyo haciéndolos amigos míos?”

\*  
\* \*

Conviene saber que el sexo tiene en el individuo raíces y ramificaciones mucho más hondas y ocultas que lo que a primera vista pudiera creerse. Todas las relaciones de familia—maternales, paternas, filiales—cabén en ese amplio concepto del sexo: los lazos de cariño que unen a hermanos y hermanas, la amistad entre hombres y mujeres, todos los sentimientos, en suma, que, ya en el seno del hogar, ya fuera de él, en la órbita social, tienen carácter de familiares, como por ejemplo, el amor y el cuidado de los niños.

Cuando se piensa en la vida como en un todo homogéneo, la sublimación del instinto sexual cobra pleno sentido.

\*  
\* \*

Hay que considerar el abatimiento como algo natural de que no se puede escapar. Quien espere verse siempre libre de estos estados de ánimo, sueña con lo imposible, Y viceversa: tomar demasiado en serio estos decaimientos fugaces, en vez de decirse úno: "Bah, ya pasarán!", equivale a armarlos de una potencia obsesionante que no tienen por qué tener.

Recuérdese que algunos deberes son de tal importancia, que es preciso cumplirlos de todos modos, por muy decaído que se tenga el ánimo. Los hombres de fuerte individualidad no resuelven por lo común el problema de su abatimiento tratando de eliminarlo, sino soslayándolo. Tienen tal obra que hacer, tal fin que realizar... pues a ese propósito cimero y capital, siéntanse presa del abatimiento o nó, consagran las energías principales de su vida.

Así como un árbol existe en virtud de la asimilación química que realiza por medio de sus hojas y raíces, así también nuestro organismo físico se sustenta asimilándose energías externas a él. Todo el cosmos se encarga de suministrarnos los recursos indispensables para vivir. Somos a manera de rentistas de la energía universal, y las fuerzas de que disponemos no se crean en nosotros, sino que por nosotros se ponen en acción.

Este principio de fuerza derivada o inducida no se cumple sólo en nuestro sér físico;

también actúa en el espiritual, El testimonio de toda profunda experiencia religiosa es: que nuestra vida espiritual es concomitante con el estado de nuestro ánimo, y que las fuerzas que en ella obran no son tampoco autóctonas, sino asimiladas.

---

---

Trozos de un gran libro:

## La Historia de San Michele

Por AXEL MUNTHE

(Propiedad de la "EDITORIAL JUVENTUD ARGENTINA")

1—Parece que los críticos han encontrado considerables dificultades para clasificar *La Historia de San Michele*; lo cual no me sorprende. Algunos han visto en el libro una autobiografía; otros, las Memorias de un médico. No es ni una cosa ni otra. Ciertamente, yo no hubiera podido emplear tantas páginas en escribir la historia de mi vida, aun sin omitir los capítulos más tristes y más densos de acontecimientos. Lo que sí puedo asegurar es que nunca tuve la intención de escribir un libro sobre mí mismo; al contrario, mi preocupación constante ha sido tratar de desembarazarme de esta vaga personalidad mía. Sea como fuere, si este libro ha resultado, a pesar de

todo, una autobiografía, empiezo a creer, juzgando por su venta, que el modo más sencillo de escribir un libro sobre sí mismo consiste en pensar en los otros; no hay más que sentarse cómodamente y mirar hacia el pasado con los propios ojos ciegos. Mucho mejor aún, tenderse en la hierba sin pensar en nada, pero permaneciendo a la escucha. Poco a poco, el lejano rumor del mundo se extingue, los bosques y los prados empiezan a cantar con puras voces de pájaro, buenos animales se aproximan para contar sus alegrías y sus dolores con sonidos y palabras inteligibles y, cuando todo está silencioso, hasta las inanimadas cosas circundantes empiezan a susurrar en nuestro sueño.

Llamar a este libro, como alguien ha hecho, las memorias de un médico, me parece aún más impropio. Su simplicidad, su descarada franqueza, su misma lucidez, se adaptan poco a un subtítulo tan pomposo. Ciertamente que un médico tiene, como cualquier otro ser humano, el derecho de distraerse y hasta de reírse de sus colegas, si está dispuesto a correr tal riesgo; pero no tiene derecho a reírse de sus enfermos. Llorar con ellos es aún peor; un médico llorón es un pobre médico. Un viejo doctor, antes de decidirse a escribir sus Memorias debe pensarlo mucho. Es mejor que guarde para sí cuanto ha visto de la vida y de la muerte. Es mejor que no escriba ninguna Memoria y que deje a los muertos en paz y a

los vivos con sus ilusiones. Un crítico ha llamado a *La Historia de San Michele* una historia de la muerte. Quizá tenga razón, porque rara vez la muerte abandona mi pensamiento. *Non nasce in me pensier che non vi sia dentro scolpita la morte*, escribe Miguel Angel a Vasari. He luchado mucho con mi lúgubre colega; siempre derrotado, la he visto destruir, uno tras otro, a todos los que he tratado de salvar. He recordado a algunos en este libro, tal como los he visto sufrir y morir. Era cuanto podía hacer por ellos. Todos eran gente humilde; ninguna cruz marmórea señala sus fosas, y muchos de ellos estaban ya olvidados antes de morir.

2—Poetas y filósofos que, en sonoros versos y en prosa, saludan como libertadora a la muerte, palidecen a menudo con sólo oír el nombre de esta su mejor amiga. Leopardi, el más grande poeta de la Italia moderna, que deseaba la muerte en exquisitas rimas desde que era muchacho, fue el primero en huir cuando el cólera apareció en Nápoles. Hasta el gran Montaigne, cuyas serenas meditaciones sobre la muerte bastan para inmortalizarle, escapó como una liebre cuando surgió la peste en Burdeos. El extravagante viejo Schopenhauer, el más grande filósofo de nuestro tiempo, que hizo de la negación de la vida la clave de su sistema, interrumpía siempre toda conversación sobre la muerte. Las más sanguinarias no-

velas de guerra, creo han sido escritas por pacíficos ciudadanos, lejos del fuego de los cañones. Autores que se deleitan haciendo asistir a sus lectores a sexuales orgías, suelen ser actores muy indiferentes en semejantes escenas. Personalmente, no conozco más que una excepción a esta regla; Guy de Maupassant, y por tales excesos le he visto morir.

3—La *Laïcisation des Hôpitaux* no había llegado aún a ser la ardiente demanda del día, y aún no había salido el grito de: “Abajo los curas! ¡Abajo el Crucifijo! ¡Fuéran las monjas!” Luégo las vi partir a todas, y fue una lástima. Tal vez tuvieran sus defectos. Quizás tratasen más con el rosario que con el cepillo de las uñas; acaso estuvieran más acostumbradas a sumergir los dedos en agua bendita que en la solución de ácido fénico, a la sazón el omnipotente desinfectante de nuestras salas de cirugía, después reemplazado por otro; ¡pero eran tan cándidos sus pensamientos, tan puros sus corazones, tan completamente dedicada su vida al trabajo, sin pedir más recompensa que el permiso de rezar por los que les eran confiados! Ni aun sus peores enemigos se atrevían a desconocer su abnegación ni su infinita paciencia. La gente decía que las monjas cumplían su misión con cara triste y sombría, que sus pensamientos se encaminaban más a la salvación del alma que a la del cuerpo, que tenían en los labios más pala-

bras de resignación que de esperanza. En verdad, se equivocaba torpemente. Al contrario, aquellas Hermanas, jóvenes y viejas, eran invariablemente alegres y felices, propensas a las bromas y a las risas infantiles, y sabían comunicar a los demás su felicidad. Eran también tolerantes. Creyentes y ateos eran iguales para ellas. Casi parecían más ansiosas de ayudar a estos últimos, porque sentían gran compasión por ellos y no mostraban ninguna señal de resentimiento por sus injurias y sus maldiciones. ¡Qué exquisitamente amables y amistosas eran conmigo! Sabían que no pertenecía a su religión, que no me confesaba ni hacía la señal de la cruz al pasar por delante del pequeño altar. Al principio, la Madre Superiora había hecho alguna tímida tentativa para convertirme a la fe que le había inducido a sacrificar su vida por los demás, pero pronto abandonó la idea, moviendo con piedad su anciana cabeza. También el amable y viejo Padre perdió toda esperanza de salvar mi alma desde que le dije que tenía mucho gusto en discutir con él acerca de la posibilidad de un purgatorio, pero que me negaba en absoluto a creer en el infierno, y que, en todo caso, estaba decidido a inyectar morfina a grandes dosis a los moribundos, cuando fuese demasiado cruel y larga su agonía. El viejo sacerdote era un santo, pero no eran su fuerte las discusiones, y pronto abandonámos por completo tales temas de controversia.

4—*Frère Antoine*, que venía todos los domingos al hospital para tocar el órgano en la capilla, era un particular amigo mío. Era la única ocasión que tenía yo de oír música en aquellos días. Y casi nunca la desperdiciaba, pues me gusta mucho la música. Aunque no podía ver a las Hermanas que cantaban junto al altar, reconocí la voz clara y pura de *Soeur Philomène*. Precisamente la víspera de Navidad, *Frère Antoine* cogió un gran resfriado y en la sala de *Sainte-Claire* susurrábase de lecho en lecho, con gran misterio, que después de una larga consulta entre la Madre Superiora y el anciano sacerdote, se me permitiría ocupar su puesto en el órgano para salvar la situación.

Tenía otra ocasión de oír música en aquellos días: cuando el pobre viejo *Don Gaetano* venía dos veces por semana, a tocar para mí su gastado organillo bajo el balcón del *Hôtel de l'Avenir*. Su pieza fuerte era el *Miserere del Trovador*, y la vieja y melancólica aria armonizaba muy bien con él y con su mona, medio helada de frío, que se agazapaba sobre el organillo vestida con su casaca de un rojo garibaldino:

*Ah che la morte ognora  
è tarda nel venir!*

5—Muy pronto fue evidente que las apendicitis pasaban de moda y que era preciso descubrir una nue-

va enfermedad para satisfacer la demanda general. Entonces la Facultad se mostró a su altura y lanzóse al mercado un nuevo mal, una palabra acuñada, una verdadera moneda de oro; la ¡COLITIS! Era una enfermedad conveniente, al abrigo del bisturí del cirujano, adaptable a todos los gustos. Nadie sabía cuándo venía ni cuando se iba.

Uno de mis últimos casos de apendicitis creo que fue la Condesa X, que vino a consultarme recomendada por Charcot, según dijo ella. Charcot me mandaba de vez en cuando enfermos. Yo como es natural, anhelaba hacer cuanto pudiera por ella, aunque no hubiera sido tan hermosa. Miraba al joven oráculo con mal disimulada decepción en sus grandes ojos, y decía que quería hablar con *Monsieur le Docteur lui-même*, no con su ayudante—este era el primer saludo que estaba yo acostumbrado a recibir de cada nuevo enfermo—. Al principio no sabía ella si tenía apendicitis, y también le ocurría lo propio a *Monsieur le Docteur lui même*; mas no tardó en estar segura de tenerla, ni yo en estarlo de que no la tenía. Cuando se lo dije, con cierta brusquedad, se alteró mucho. El profesor Charcot le había dicho que yo descubriría seguramente lo que tuviera y la ayudaría; y en vez de eso.... Rompió a llorar y yo lo lamenté mucho.

—¿Qué es lo que tengo?—sollozó, tendiendo las manos vacías hacia mí, con un ademán desesperado.

—Se lo diré si me promete estar tranquila.

Dejó de llorar de repente y, enjugándose la última lágrima de sus ojazos, dijo valerosamente:

—Puedo soportar cualquier cosa, he sufrido tanto! No tema usted, no volveré a llorar. ¿Qué tengo?

—Colitis.

Sus grandes ojos tornáronse aún mayores, cosa que yo hubiera creído imposible.

—¡Colitis! Exactamente lo que siempre me había figurado. Estoy segura de que tiene usted razón. ¡Colitis! Dígame ¿qué es la Colitis?

Estaba muy atento a evitar aquella pregunta, porque ni yo mismo lo sabía, nadie lo sabía en aquella época. Pero le dije que duraría mucho y que era difícil de curar; y hasta en eso tenía yo razón. La Condesa me sonreía amablemente. ¡Y su marido que decía que sólo eran nervios!

6—Para llegar a ser un buen médico de perros es necesario estimarlos, pero también es preciso comprenderlos; sucede como con los hombres, con la diferencia de que más fácil es comprender a un perro que a un hombre, y es también más fácil quererlo. No olvidéis nunca que la mentalidad de un can es completamente distinta de la de otro. El agudo espíritu que brilla en los ágiles ojos de un *fox-terrier*, por ejemplo, refleja una actividad mental completamente distinta de la serena sabiduría que brilla en

Los tranquilos ojos de un San Bernardo o de un viejo mastín. La inteligencia de los perros es proverbial; pero hay grandes diferencias de grado, ya visibles en los cachorros apenas abren los ojos. Hay también canes tontos, pero la proporción es mucho menor que en los hombres. Es fácil comprender al perro y aprender a leer sus pensamientos. El perro no puede fingir, no puede engañar, no puede mentir, porque no puede hablar. El perro es un santo. Es sincero y honrado por naturaleza. Si en casos excepcionales aparece en un perro cualquier estigma de pecado hereditario, propio de sus antepasados silvestres, que habían de confiarse a la astucia en su lucha por la existencia, esos estigmas desaparecerán en cuanto la experiencia le haya enseñado que puede fiarse de los honrados y justos tratamientos que le demos. Un perro admite gustoso la superioridad que tiene sobre él su amo, acepta como definitivas sus decisiones; pero contrariamente a lo que creen muchos apasionados, no se considera esclavo, su sumisión es voluntaria y quiere que se respeten sus pequeños derechos. Mira al amo como a su rey, casi como a su Dios; espera que su dios sea severo en caso necesario, pero también que sea justo. Sabe que su dios puede leer sus pensamientos y que es inútil intentar ocultárselos. ¿Puede leer él los pensamientos de su dios? Lo puede, seguramente. La Sociedad de Investigaciones Psicológicas dirá lo que quiera, pero la telepatía en-

tre hombre y hombre no está probada aún, mientras que la telepatía entre perro y hombre se ha demostrado muchísimas veces. El perro puede leer los pensamientos de su amo, puede comprender sus variaciones de humor, puede prever sus decisiones. Sabe por instinto cuándo no lo desea, permaneciendo quieto, perfectamente inmóvil durante horas enteras, cuando su rey está muy ocupado, como lo están a menudo los reyes o, al menos, debieran estarlo. Pero cuando su rey está triste, sabe que ha llegado su momento: avanza lentamente y pone la cabeza en las rodillas del amo. ¡No estés triste! ¡No importa que todos te abandonen, yo estoy aquí, para reemplazar a todos tus amigos y para combatir contra todos tus enemigos! ¡Ven! Vamos a dar un paseo y olvidémoslo todo.

Es extraño y muy patético ver el comportamiento de un perro cuando está enfermo su amo. El perro, advertido por su infalible instinto, teme la enfermedad y la muerte. Un perro acostumbrado a dormir en la cama del amo, se resiste a hacerlo cuando éste se halla enfermo.

Aun en las raras excepciones de esta regla, deja a su amo al acercarse la muerte. ¿Qué sabe él de la muerte? Por lo menos, tanto como nosotros y, probablemente, bastante más.

7—Me avergüenza decir que me entendía mucho

mejor con aquellos pobres italianos que con mis compatriotas, con quienes se hacía difícil tratar, porque nunca estaban contentos y siempre se mostraban exigentes y egoístas. En cambio, los italianos, que no habían traído de su país más que sus pocos bienes, la interminable paciencia, la alegría y los amables modales, siempre quedaban satisfechos y agradecidos, y se ayudaban entre sí de un modo extraordinario.

8—Ultimamente, las relaciones entre Norstrom y yo variaron bastante. Cada vez me llamaba más a consulta para sus enfermos; demasiado. Aquella misma tarde había visto morir a uno inopinadamente: una verdadera desgracia para Norstrom, porque el enfermo era uno de los más conocidos miembros de la colonia. Norstrom se turbó bastante. Lo llevé a cenar al *Café de la Régence*, para animarlo un poco.

—Quisiera que me explicases el secreto de tu éxito y de mi derrota—dijo Norstrom, mirándome turbiamente a través de la botella de *Saint-Julien*.

—Es, sobre todo, cuestión de forma—le dije. Hay también una diversidad de temperamento entre tú y yo, que me facilita agarrar la fortuna por los cabellos mientras tú la dejas huir, quedándote impasible con las manos en los bolsillos. Estoy seguro de que conoces mejor que yo el cuerpo humano, tanto sano como enfermo; pero, aunque me doblas la edad yo conozco mejor la mentalidad humana. ¿Por qué

dijiste a aquel profesor ruso que te envié que tenía angina de pecho? ¿Por qué le explicaste todos los síntomas de su fatal enfermedad?

—Insistió en saber la verdad y tuve que decir-sela; de lo contrario, no me habría obedecido.

—Yo no le hubiera dicho nada y me habría obedecido igualmente. El mentía al decirte que quería saberlo todo y que no tenía miedo a morir. Nadie quiere saber lo muy enfermo que está, todos temen la muerte, y con razón. Ese hombre está mucho peor ahora. Su existencia está atormentada por el miedo. Y todo por culpa tuya.

—Tú siempre hablas de los nervios y de la psiquis, como si nuestro cuerpo no se compusiera más que de eso. La causa de la angina de pecho está en la esclerosis de las arterias coronarias.

—Pregunta al profesor Huchard qué sucedió en su clínica la semana pasada, al presentarse un caso de angina de pecho. La mujer tuvo, de pronto, un terrible ataque de esa dolencia, que el mismo profesor temía pudiera serle fatal. Le pedí permiso para intentar detener la crisis con la cura psíquica; me contestó que era inútil, pero accedió. Le puse la mano en la frente y le dije que la crisis pasaría en seguida. Un minuto después desaparecía de sus ojos el terror. Respiró profundamente y afirmó que se encontraba mejor. Claro, tú dirás que era un caso de pseudo-angina; puedo probarte lo contrario; cuatro

días después tuvo otro ataque, al parecer igual, pero falleció en menos de cinco minutos. Tú tratas siempre de explicar a tus enfermos lo que tú mismo no puedes explicarte. Olvidas que nos encontramos ante una cuestión de fe, no de sabiduría, como la confianza en Dios. La iglesia católica nunca explica nada y sigue siendo la fuerza más poderosa del mundo. La iglesia protestante intenta explicarlo todo y está desmoronándose. Cuanto menos sepan la verdad tus enfermos, mejor para ellos. Nunca se ha dicho que el trabajo de los órganos de nuestro cuerpo debe ser vigilado por la mente; obligar a tus enfermos a pensar en su enfermedad equivale a hacerles inmiscuirse en las leyes de la Naturaleza. Debes decirles que hagan esto o aquello, que tomen tal o cual remedio para curarse, y que si no piensan obedecerte vayan a otro médico. No visitarlos más que cuando tengan absoluta necesidad de ti; no hablar con ellos demasiado para que no descubran en seguida lo poco que sabemos. Los médicos, como el Rey, debieran mantenerse aparte lo más posible, a fin de que no se resienta su prestigio. Nosotros lo ganamos todo mostrándonos en una luz algo velada. Mira lo que ocurre con la misma familia del médico, que siempre prefiere consultar a otro. Yo estoy curando, a escondidas, a la mujer de uno de los más célebres médicos de París. Hoy mismo me ha mostrado la última receta del marido, para preguntarme si la habría hecho bien.

—Siempre estás rodeado de mujeres. Quisiera gustar tanto a las mujeres como tú; hasta mi vieja cocinera está enamorada de ti desde que le curaste su erisipela.

—Quisiera no gustarles tanto, y de buena gana te cedería todas esas mujeres neuróticas. Sé que hasta cierto punto les debo a ellas mi fama como doctor de moda, pero déjame confesarte que son muy fastidiosas y, a menudo, acaban por ser un peligro. Dices que quieres gustar a las mujeres; pues bien, no se lo digas, no les des demasiada importancia, no les dejes mandarte como quisieran. A las mujeres, aunque parezca lo contrario, les gusta mucho más obedecer que ser obedecidas. Pretenden ser iguales a nosotros, pero saben de sobra que no lo son, por fortuna para ellas; porque, si lo fueran, nos gustarían mucho menos. En general, creo a las mujeres mejores que los hombres; pero, claro está, no se lo digo. Son mucho más valerosas, afrontan las enfermedades y la muerte mucho mejor que nosotros, tienen más piedad y son menos vanidosas. En la mayoría de los casos, su instinto es en la vida una guía más segura que nuestra inteligencia, y no hacen tantas locuras como nosotros. El amor es para una mujer mucho más que para un hombre; lo es todo. Y menos cuestión de los sentidos de lo que un hombre generalmente se imagina. Una mujer puede enamorarse de un hombre deforme y aun de un viejo que sepa des-

peritar su imaginación. Un hombre no puede enamorarse de una mujer si ésta no despierta su sexual instinto, que, contrariamente a la intención de la Naturaleza, en el hombre moderno sobrevive a su virilidad. Por eso no tiene ningún límite de edad para enamorarse. Richelieu era irresistible a los ochenta años, cuando apenas podía tenerse en pie, y Goethe tenía setenta cuando perdió la cabeza por Ulrica von Levetzow.

El amor es de corta duración, como una flor. En el hombre muere de muerte natural con el matrimonio; en la mujer sobrevive, si no hasta el fin, transformado en puro cariño materno por el caído héroe de sus sueños. Las mujeres no pueden comprender que el hombre sea polígamo. Se somete a nuestro reciente código de moral social, pero su irreductible instinto está sólo adormecido. ¡Sigue siendo el mismo animal, tal como el Creador lo hizo, dispuesto a todo, sin inútiles intervalos de reposo!

Las mujeres no son menos inteligentes que los hombres; comúnmente, quizá lo son más. Pero su inteligencia es distinta. Indiscutiblemente, el peso del cerebro del hombre es superior al de la mujer. Las circunvoluciones cerebrales, ya visibles en el recién nacido, son por completo diversas en los dos cerebros. Las diferencias anatómicas se hacen aún más evidentes cuando se compara el lóbulo occipital; precisamente, a la pseudoatrofia de este lóbulo en el ce-

rebros de la mujer atribuye Husche gran importancia psíquica. La diferenciación entre los sexos es ley inmutable de la Naturaleza, que atraviesa toda la creación para acentuarse cada vez más con el mayor desarrollo de los tipos. Dicese que todo puede explicarse por el hecho de que hayamos tenido para nosotros la cultura como un monopolio del sexo, y que las mujeres no han tenido nunca una adecuada oportunidad de estudiar. No es cierto. En Atenas, la situación de las mujeres no era inferior a la de los hombres; tenían a su disposición todas las armas de la cultura. Las razas jónicas y dóricas siempre han reconocido su libertad, y los lacedemonios fueron también muy generosos. Durante todo el Imperio Romano, cuatrocientos años de alta cultura, gozaron de gran libertad las mujeres; baste recordar que disponían totalmente de su propiedad. En la Edad Media, la instrucción de las mujeres era muy superior a la de los hombres. Los caballeros manejaban mejor la espada que la pluma; los frailes eran cultos, pero había también muchos conventos de monjas que ofrecían a sus habitantes igual ocasión de estudio. Mira nuestra profesión, en la que no son, ciertamente, novatas las mujeres. Había ya profesoras en la escuela de Salerno; Louise Bourgeois, que fue médica de María de Médicis, mujer de Enrique IV, escribió un lamentable libro de obstetricia; Margarita La Marche era comadrona-jefe en el *Hôtel-Dieu*, en 1677; Mada-

me La Chapelle y Madame Boivin escribieron interminables libros de enfermedades de las mujeres, bastante medianos todos ellos. Durante los siglos XVII y XVIII había varias profesoras en las célebres universidades italianas de Bolonia, Pavía, Ferrara y Nápoles. Pero nunca hicieron progresar la ciencia que cultivaban; precisamente por haber dejado la obstetricia y la ginecología en manos de las mujeres, estas dos ramas de nuestra profesión han permanecido tanto tiempo en un retraso irremediable. El progreso comenzó cuando fueron confiadas a los hombres. Aun hoy, ninguna mujer, al ver en peligro su vida o la de su hijo, se fiaría de un médico de su sexo.

Míra la música. Todas las señoras del Renacimiento tañían el laúd, y más tarde el arpa y el clavicordio. Desde hace un siglo todas las muchachas de la sociedad estudian el piano, pero hasta ahora no conozco ninguna composición notable de una mujer; no sé de ninguna mujer que pueda ejecutar a mi gusto el *Adagio sostenuto* de la obra 106 de Beethoven. Muchas son las señoritas que se dedican a la pintura, pero, que yo sepa, no hay en Europa ningún museo que contenga un cuadro de primer orden firmado por una mujer, excepto, quizá, Rosa Bonheur, que tuvo que afeltarse el mentón y vestirse de hombre.

Uno de los más grandes poetas de los tiempos antiguos fue una mujer. De la guirnalda que circun-

daba la frente de la encantadora, quedan muy pocos pétalos de rosa, fragantes de eterna primavera. ¡Qué inmortal alegría y qué inmortal tristeza evoca a nuestros oídos aquella lejana canción de la costa de la Hélada! ¿Podrá oírse alguna vez tu voz, bellísima Safo? ¡Acaso cantes aún en algún perdido fragmento de la antología, intacto bajo la lava de Herculano!

--No quiero oír nada de tu Safo—refunfuñó Norstrom—. Lo que sé de ella y de sus adoratrices me basta. No quiero saber nada de las mujeres. Has bebido más de lo que debías y has dicho una serie de estupideces; volvamos a casa.

A mitad del camino, en el boulevard, mi amigo quiso cerveza y nos sentamos en una mesita exterior de un café.

—*Bonsoir, Chéri*—dijo la señora de la mesa que estaba al lado de mi amigo—. ¿No me convidas a cerveza? Estoy sin cenar.

Norstrom, con voz irritada, le dijo que le dejase en paz.

—*Bonsoir, Cloe*—dije—. *Comment va Flopette?*

—Está haciendo las calles secundarias; hasta después de media noche no puede hacerse nada por los bulevares.

Mientras hablaba, apareció Flopette y sentóse al lado de su compañera.

—¿Sigues dándote a la bebida, Flopette?—dije—. ¿Quieres ir al infierno?

—Sí—respondió con voz ronca—. Peor que esto no puede ser.

—No eres muy meticoloso en la elección de tus amistades—refunfuñó Norstrom, mirando con horror a las dos meretrices.

—Las he tenido peores. Además, soy su médico. Ambas tienen sífilis, y el ajeno hará el resto; acabarán en San Lázaro, si no en el arroyo. Al fin y al cabo, no pretenden ser lo que no son; y no debe olvidarse que eso han de agradecerérselo a un hombre, y que otro hombre espera en la esquina de la calle de enfrente que le entreguen el dinero que nosotros les damos. No son tan despreciables como crees estas prostitutas; siguen siendo mujeres hasta el fin, con todos sus defectos, pero también con alguna buena cualidad que sobrevive a su degradación. Aunque parezca extraño, son capaces de enamorarse, en el más elevado sentido de la palabra, y no puedes imaginar cosa más patética. Hubo una prostituta enamorada de mí y se volvió tímida como una niña; hasta podía ruborizarse bajo el abundante afeitado.

9—Es muy probable que mis dos colegas conocieran su patología bastante mejor que yo, pero yo sabía algo que, indudablemente, ignoraban ellos: que no hay ninguna droga tan poderosa como la esperanza, y que la más mínima huella de pesimismo en el rostro o en las palabras de un doctor puede costar la vida al enfermo.

10—No le traiga tantos juguetes de lujo—dije—. A los niños les gustan igual los juguetes baratos, ¡y hay tantos que no reciben ninguno! He observado que la humilde muñeca de unos cuantos céntimos tiene siempre gran éxito aun entre los niños más ricos. Cuando los niños llegan a comprender el valor monetario de sus juguetes, son arrojados de su paraíso, dejan de ser niños. Además, John tiene ya demasiados; es hora de enseñarle a regalar alguno a los que no lo tienen. Es una lección bastante difícil de aprender para muchos niños. La relativa facilidad con que aprendan esto, es un indicio seguro para predecir la clase de hombre o de mujer que serán.

11—Muchos de los profesores a quienes consultaba en los casos difíciles eran hombres de fama mundial, ya en la cumbre de su especialidad, extraordinariamente exactos y sorprendentemente veloces en sus diagnósticos. Por ejemplo, era casi maravillosa la forma en que Charcot llegaba directamente a la raíz del mal, a menudo de un modo certero, después de haber dado una rápida mirada al enfermo con sus fríos ojos de águila. En los últimos años de su vida talvez confiaba demasiado en su ojo clínico, y con frecuencia reconocía a sus enfermos de un modo harto rápido y superficial. Nunca admitía que se hubiera equivocado, y ¡ay de quien osara revelar que estaba en un error! Por otra parte, era en extremo reservado antes de pronunciar una prognosis fatal, aun en-

los casos evidentemente sin esperanza. “*L'imprévu est toujours possible*”, decía. Charcot fue el médico más célebre de su época.

Como es destino de todo especialista de los nervios, le rodeaba un tropel de señoras neuróticas, idólatras a todo trance. Por suerte suya, era del todo indiferente con las mujeres. Su único reposo, en medio del incesante trabajo, era la música. A nadie le era permitido decir una palabra de Medicina durante sus veladas musicales de los jueves. Beethoven era su favorito. Quería mucho a los animales. Todas las mañanas, cuando bajaba del landó en el patio interior de la Salpêtrière, sacaba del bolsillo un pedazo de pan para sus dos viejos rocines. Cortaba toda conversación sobre deporte o sobre muerte de animales: creo que su antipatía hacia los ingleses provenía de su odio por la caza del zorro.

12—Tuve ya, a la sazón, grandes dudas sobre la exactitud de las teorías de Charcot, que eran aceptadas sin oposición por sus discípulos, a ojos cerrados, y por el público, lo cuál sólo puede explicarse como una especie de sugestión colectiva. Había vuelto de mi última visita a la clínica del profesor Berheim en Nancy, oscuro, pero resuelto mantenedor de la llamada escuela de Nancy, en oposición a las enseñanzas de Charcot. Hablar en aquellos días de la Escuela de Nancy en la *Salpêtrière*, considerábase casi como un de-

lito de lesa majestad. El mismo Charcot se ponía furioso con sólo oír el nombre del profesor Berheim. Un artículo mío en la *Gazette des Hôpitaux*, inspirado en mi última visita a Nancy, fue enseñado al Maestro por uno de sus ayudantes que me odiaba cordialmente. Durante varios días, Charcot pareció ignorar del todo mi presencia. Después apareció en el *Figaro* un violento artículo bajo el seudónimo de *Ignotus*—uno de los principales periodistas de París—denunciando aquellas demostraciones de hipnotismo en público como espectáculos ridículos y peligrosos, de ningún valor científico, indignos del gran Maestro de la *Salpêtrière*. Estaba yo presente cuando enseñaron ese artículo a Charcot durante su visita matutina; me quedé estupefacto ante su resentimiento contra un simple artículo de periódico, al que creí no daría importancia. Había mucha envidia entre sus discípulos, y a mí se me reservaba una gran parte. No sé de quién partió la mentira, pero pronto supe con horror que corrían voces de que *Ignotus* había sabido por mí lo más dañoso de su información. Charcot no me dijo una palabra, pero, desde aquel día, variaron sus acostumbradas maneras cordiales hacia mí. Vino luego el golpe, uno de los más amargos que he recibido en mi vida. El destino había preparado la trampa y, con mi habitual loca temeridad, caí en ella.

13—Las famosas representaciones en el escenario

de la *Salpêtrière*, causa de mi desgracia, fueron condenadas durante mucho tiempo por cuantos estudiaban seriamente el fenómeno hipnótico. Las teorías de Charcot sobre el hipnotismo, impuestas sólo por el peso de su autoridad a toda una generación de médicos, han caído en descrédito después de haber retrasado durante más de veinte años nuestro conocimiento acerca de la verdadera naturaleza de este fenómeno. Se ha demostrado que casi todas las teorías de Charcot sobre el hipnotismo son erróneas. El Hipnotismo no es, como él dice, una neurosis introducida artificialmente, que se encuentra sólo en el histerismo, en los hipersensibles, débiles mentales y desequilibrados. La verdad es todo lo contrario. Los sujetos histéricos son, en general, menos fáciles de hipnotizar que las personas bien equilibradas y de mente sana. Las inteligencias de carácter fuerte y dominadoras, son más fácilmente hipnotizables que los fastidiosos, estúpidos, superficiales y escasos de mentalidad. Los idiotas o los locos son los más refractarios a la influencia hipnótica. Los que aseguran no creer en el hipnotismo suelen ser los más fáciles de dormir. Los niños son fácilmente hipnotizables. El sueño hipnótico no puede producirse sólo con medios mecánicos. Las brillantes bolas de vidrio, los espejuelos adoptados por los cazadores de pájaros, las calamitas, el mirar en los ojos al sujeto, los clásicos pases mesmerianos usados en la *Salpêtrière* y en la *Charité* son verdaderas torterías.

No es despreciable el valor terapéutico del hipnotismo, como decía Charcot. Al contrario, es considerable si lo utilizan médicos competentes, de mente lúcida y manos limpias, y en posesión de la técnica, bastante complicada. Las estadísticas de millares de casos bien comprobados aseveran esto sin discusión. En cuanto a mí, que nunca he sido lo que se llama un hipnotizador, sino un especialista de enfermedades nerviosas obligado a usar esta arma cuando son inútiles otros remedios, he obtenido con frecuencia resultados maravillosos de ese mal comprendido método de curación. Trastornos mentales de varias clases, con o sin pérdida de voluntad; alcoholismo, morfinomanía, cocainomanía, pueden curarse muy a menudo por ese medio.

La inversión sexual es mas difícil de vencer. En muchos, si no en la mayoría de los casos, no puede considerarse como una enfermedad, sino como una desviación del instinto sexual, natural en ciertos individuos en quienes una intervención enérgica suele producir más mal que bien. Cómo debieran intervenir nuestras leyes sociales, es cuestión muy complicada que no pienso discutir aquí. Ciertamente que la actual fórmula de la ley se basa en una equívoca y desagradable situación que tiene entre nosotros esa numerosa clase de personas.

14—“Los dioses venden todas las cosas a un justo

precio", dice un viejo poeta. Hubiera debido añadir que venden las mejores cosas al precio más módico. Lo verdaderamente indispensable puede comprarse con poco dinero; sólo lo superfluo se vende caro. Lo verdaderamente bello nunca se vende, sino que es ofrecido como don por los dioses inmortales. Está permitido ver salir y ponerse el sol, vagar las nubes por el cielo, ver las selvas y los prados, el maravilloso mar, todo sin gastar un céntimo. Los pájaros cantan de balde y podemos coger flores silvestres mientras caminamos. Nada se paga por entrar en la sala estrellada de la noche. El pobre duerme mejor que el rico. La comida sencilla suele tener mejor sabor que la del Ritz. El contentamiento y la paz del corazón prosperan mejor en una casita de campo que en un suntuoso palacio de la ciudad. Pocos amigos, pocos libros, poquísimos, y un perro, es todo cuanto necesitáis en torno vuestro, mientras os tengáis a vosotros mismos. Pero debéis vivir en el campo. La primera ciudad fue proyectada por el diablo: por eso Dios quería destruir la torre de Babel.

15—Quiero cantar una humilde canción a mi predilecto Schubert, el más grande cantor de todos los tiempos, para agradecerle cuanto le debo. Se lo debo todo. Incluso mientras estaba tendido en la oscuridad durante semanas y semanas, con esperanza de salir de ella, me canturreaba a mí mismo sus canciones,

una tras otra, como el niño que va silbando a través de la obscura selva para hacer creer que no tiene miedo. Diecinueve años tenía Schubert cuando compuso la música para el *Erkönig* de Goethe y se la envió con una humilde dedicatoria. Nunca perdonaré al más grande poeta de los tiempos modernos el no haber contestado por lo menos una sola palabra de agradecimiento al hombre que había hecho inmortal su poema, mientras hallaba el tiempo necesario para escribir largas cartas de gracias a Zelter por su mediocre música. El gusto de Goethe en música era tan pobre como su gusto en arte; pasó un año en Italia sin comprender nada del arte gótico; la serena belleza de los primitivos le era ininteligible; eran Carlos Dolci y Guido Reni sus ideales. Hasta las obras maestras del puro arte griego le dejaban indiferente. El Apolo de Belvedere era su favorito. Schubert no vió nunca el mar, pero ningún compositor, ningún pintor, ningún poeta, salvo Homero, nos ha hecho comprender como él su tranquilo esplendor, su misterio y su cólera. No había visto nunca el Nilo, pero los primeros compases de su maravilloso *Memnon* podrían haber resonado en el templo de Luxor. Muy poco sabía de la literatura helénica, fué de lo que hubiera podido contarle su amigo Meyerhofer, pero su *Greugen der Menschheit*, su *Prometheus*, su *Ganymede*, su *Fragment aus Aeschylus*, son obras maestras dignas de la edad de oro de la Hólada. Nunca fue ama-

do por una mujer, pero nunca ha resonado en nuestros oídos un grito tan desgarrador como su *Gretchen am Spinnrad*; ninguna resignación más conmovedora que su *Mignon*, ninguna canción de amor más dulce que su *Ständchen*. Tenía treinta y un años cuando murió, ¡tan miserablemente pobre como había vivido! ¡El que había escrito *An die Musik* ni siquiera tenía piano propio! Después de la muerte, todo cuanto de terrestre poseía, los vestidos, los pocos libros y la cama, fue vendido en subasta por sesenta y tres florines. En una maleta destrozada, debajo del lecho, fueron encontradas una veintena de canciones inmortales, de un valor superior a todo el oro de los Rothschild, en la Viena donde él vivió y murió.

16—Le pregunté si no querría cantarme una cancioncita antes de marcharse, que ningún otro canto de pájaro me gustaba como el suyo; me respondió que no tenía tiempo; le corría mucha prisa volver a Suecia para anunciar la llegada de la primavera. Durante más de una semana, las notas aflautadas del Chamariz dorado han sonado en mi jardín. El otro día vi a su esposa escondida en un arbusto de laurel. Hoy he visto su nido, una maravilla de arquitectura “pajaril”. Había también un gran batir de alas y un dulce murmullo de pájaros en la espesura del romero, junto a la capilla. Me hice el desentendido, pero estaba seguro de que era algún *flirt*, y me pregunté

qué pájaro sería. Anoche fue revelado el secreto, porque, precisamente cuando iba a acostarme, un ruiseñor empezó a cantar la Serenata de Schubert bajo mi ventana:

*Leise flehen meine Lieder  
Durch die Nacht zu dir  
In den stillen Hain hernieder  
Liebchen, komm zu mir.*

17—Rara vez hablan de la muerte los viejos, Sus velados ojos parecen no ver más que el pasado y el presente. Poco a poco, mientras la memoria se debilita, el pasado se va haciendo más indistinto y se vive casi por entero en el presente. De ahí que, si sus días son tolerablemente indolentes, como quiere la naturaleza, los viejos sean, por regla general, menos infelices de lo que creen los jóvenes. Sabemos que debemos morir. No sabemos otra cosa de lo que nos aguarda. Todo lo demás es pura suposición, la mayor parte de las veces equivocada. Como niños perdidos en el bosque, vamos a tientas por el camino de nuestra vida en la feliz ignorancia de lo que nos espera de un instante a otro, sin saber qué penas habremos de afrontar, qué venturas más o menos emocionantes encontraremos antes de la Gran aventura, la más emocionante de todas, la aventura de la muerte. De vez en cuando, perplejos, arriesgamos una tímida pregunta a nuestro destino, pero sin obtener respuesta,

porque las estrellas están demasiado lejanas. Cuanto antes nos percatemos de que nuestro sino está en nosotros mismos y no en las estrellas, tanto mejor para nosotros. Sólo en nosotros mismos podremos hallar la felicidad. Es tiempo perdido esperarla de los otros, sean hombres o mujeres.

---

## ¿TENDEROS O HUMANISTAS?

Por GILBERT MURRAY

Cuando Napoleón llamó a los ingleses "una nación de tenderos" sólo quiso decir que no eran una nación de soldados. Lo cual es verdad. Desde los tiempos de Cromwell el ejército no ha sido nunca una fuerza política en Inglaterra, y claro es que una nación con amplísimos intereses comerciales y la mayor marina mercante del mundo tiene que cuidar de sus intereses comerciales. Pero si miramos a la historia de Inglaterra a través de todo el siglo XIX y hasta los tiempos presentes, apenas encontraríamos momento en que las clases comerciales ejerciesen dominante influencia.

Oxford y Cambridge han detentado el poder y no Birmingham, Manchester y la Ciudad de Londres. Peel, Gladstone, Rosebery, Asquith, Grey, Balfour, Curzon, Baldwin, todos ellos eran humanistas o fi-

lósofos, continuadores de la vieja tradición aristocrática que suponía a un estadista familiarizado con los más elevados pensamientos de la raza humana, y no meramente con libros legales o de comercio, o compraventas mercantiles. Cuéntase que discutiendo dos miembros de la Cámara de los Comunes por qué Mr. Gladstone, comparado con algunos de sus colegas que a menudo estaban mejor informados que él sobre el asunto que se discutía, parecía elevarse sobre ellos por una especie de majestad mental, uno de ellos dijo: "El hecho es que Mr. Gladstone dedica sus ocios a leer a Homero y a Platón, y al Dante y la Biblia, mientras que los otros leen informes, estadísticas, o inutilidades parecidas". Los informes les proporcionaron los hechos que deseaban conocer—lo cual era útil— pero terminaron siendo su único bagaje mental. Mr. Gladstone podía obtener los hechos y estadísticas cuando los necesitase, pero como caudal fijo prefería tener consigo los pensamientos de los grandes poetas, santos y filósofos. Y cuando hablaba, ese tesoro daba color a su lenguaje; cuando afrontaba un problema político, era desde ese fondo de principios.

Este humanismo es una vieja tradición inglesa. Un pensamiento que sorprendemos con frecuencia en Burke, el gran filósofo del movimiento liberal en el siglo XVIII, es que al tomar un estadista sus decisiones no debe considerar cómo serán juzgadas

hoy o mañana, sino dentro de un año o de diez o de más. Lo cual es lo opuesto del estrecho espíritu práctico que se concentra en la inmediata ganancia comercial o inmediata victoria política. El comentario de Burke a la muerte repentina de su colega en la diputación por Bristol no fue una observación sobre el equilibrio de los partidos o la elección del nuevo candidato, sino: "¡qué sueños somos, y qué sueños perseguimos!" Las consideraciones prácticas siguieron indudablemente después; pero el primer pensamiento fue el más permanente, el más profundo. Recordemos su máxima sobre la política imperial, máxima que podría ponerse en labios de Enrique el Navegante: ideas mezquinas casan mal con un gran imperio.

Idéntico principio guió a otro gran humanista entre los hombres de Estado del siglo XVIII, Charles James Fox, y ha sido la inspiración de la política liberal extranjera desde entonces. Fue el espíritu con que Lord Chatham se opuso a la guerra contra las colonias americanas y que explica por qué, durante la centuria en que la Gran Bretaña consiguió completo dominio de los mares, nunca trató de arrebatar las colonias a las potencias europeas menos fuertes; por qué Mr. Gladstone devolvió las Islas Jonias a Grecia; por qué otro humanista, Macaulay, sentó el principio de que la finalidad del gobierno británico en la India era adiestrar a las naciones

indias en gobernarse autónomicamente, y cómo este difícil propósito ha sido laboriosamente perseguido, generación tras generación, hasta que por obra de un Virrey que es un humanista, Lord Halifax, y bajo un Ministro que fue Presidente de la Asociación de Estudios Clásicos, Mr. Amery, y por especial gestión de un tercer humanista, Sir Stafford Cripps, la finalidad casi se ha conseguido, y se conseguirá en cuanto se concierten los divergentes partidos indios.

Dudo que haya habido nunca en la historia un imperio que haya intentado tan ardua y largamente despojarse de la potestad ejercida sobre una nación sojuzgada. No sugiero que tal presciencia sea resultado directo de aprender gramática latina, pero sí creo que en gran parte se deba a no vivir demasiado exclusivamente en el momento presente. Un estadista que ha sido educado en las grandes ideas expresadas sobre el hombre en las diferentes edades, no sólo en derecho e historia política, sino en los libros en que filósofos, poetas, santos, hombres de genio, han expresado sus descubrimientos e ideales, se alzarán más probablemente sobre esas "ideas mezquinas" que tan mal casan con un gran imperio.

Es curioso cómo esta influencia de la tradición clásica se ha extendido por todas las clases del pueblo inglés y aún más del escocés. Los escoceses han sido siempre gente culta. El pastor montañés

que guarda las ovejas con un testamento griego en la mano no es en modo alguno una figura mítica. Los ingleses son diferentes. Dudo que la clase obrera inglesa esté en su totalidad muy bien educada, en saber, antiguo o moderno, en ciencias o letras. Pero aprecian el estilo clásico, la dignidad de lenguaje, la alteza de sentimientos. Los grandes predicadores escoceses pronunciaban sermones de una hora en el estilo de Burke, oídos por inmóviles muchedumbres que discutían después sus palabras. Es notable que un orador tan grande como John Bright, con poca o ninguna educación clásica, hablase sin embargo en estilo tan clásico. Decía que se inspiraba en dos libros: la Biblia inglesa y las obras del poeta Milton.

La Biblia inglesa es un famoso monumento de bellísimo inglés, sorprendido en uno de sus más felices momentos; y de todos los poetas ingleses, Milton era el más hondamente impregnado de las literaturas griega y latina. Es usual la crítica de que su sintaxis es a menudo más latina que inglesa. Bright poseía el espíritu clásico que inspiraba su elocuencia y que también constituía el secreto, a mi parecer, de su influencia sobre el público. Otro de los grandes maestros del idioma, el poeta Keats, no alcanzó la autoridad debida por no conocer griego. Amaba las cosas griegas, los nombres, las fábulas, el arte, las ideas; y sólo a través de imágenes y

mitos griegos pudo encontrar su genio la debida expresión.

Es cosa extraña. No somos una nación latina, pues nuestra raza, aunque inmensamente mezclada, es predominantemente nórdica; nuestro lenguaje es, aproximadamente hablando, dos tercios nórdico y un tercio latino; pero nuestra literatura, en especial sus más altas formas, está predominantemente basada en latín y griego. Beowulf y Caedmon no ejercen en la literatura inglesa influencia comparable con la de Homero o Virgilio. En nuestros estudios universitarios creo que los clásicos griegos y latinos ocupan mayor lugar que en los estudios de ningún otro país europeo.

Creo que podría decirse que en la metrópoli seguimos a los griegos, y en el Imperio a los romanos. El imperio es siempre un problema, pues mientras las distintas naciones del mundo permanezcan en grados de civilización y poder autonómico tan diferentes, es inevitable que algunas sean dominadas o regidas o guiadas por otras. Pero por muy calificada y bien intencionada que esté una nación, le es muy difícil regir a otra; y para una democracia, doblemente difícil. Roma y la Gran Bretaña, Francia, España y Portugal, todas han puesto sus manos en ello y tenido éxitos y fracasos. Se necesita justicia, firmeza, consistencia y alguna capacidad de simpatía, juntamente con otros modos de

pensamiento y conducta. Pero aun así no es fácil. El gobernante de un imperio nunca es libre.

En la metrópoli la tradición inglesa, especialmente esa pequeña pero influyente parte de ella que forman las viejas universidades, está impregnada de cultura griega. A semejanza de los griegos combinamos *Mousikê* con *Gymnastikê*. Todos practicamos juegos—cricket, tennis, football u otros—como cosa normal. Y los jugamos como aficionados, por el placer del juego, como los griegos lo practicaban, y no con la áspera asiduidad de los profesionales. Somos isleños y marinos, traficantes en lejanos mares, como los griegos lo eran. Algunas de estas cualidades quizá sean superficiales, pero otras tienen raíces hondas. Libertad, libre palabra, tolerancia y esa voluntaria aceptación de la ley que es condición y corolario de la libertad, son tan características de la Gran Bretaña como lo fueron de la antigua Grecia. Otro asunto es las causas que produjeron la libertad griega; pero nuestra libertad inglesa, como nuestra obediencia a la ley, creo que es resultado casi por entero de nuestra prolongada seguridad insular, esa inapreciable posesión que ha sido nuestra durante siglos y que ahora se encuentra, o perdida, o en extremo peligro.

Nunca han disfrutado de seguridad las grandes potencias europeas. Han vivido en constante peligro. Son militaristas porque siempre han tenido enemigos,

armados allende la tenue línea imaginaria que es llamada una frontera. Son despóticas porque tienen que ser militaristas. Son suspicaces y represivas contra sus propias gentes porque, por razones estratégicas, han solido anexionarse territorios habitados por razas extranjeras que las aborrecen. Nosotros, rodeados de nuestra bendita barrera marítima, hemos estado casi libres de esas penosas exigencias. Durante muchas generaciones nuestra vida pública ha estado libre de recelos; ningún Ministro impopular teme ser perseguido si cae del poder. No hay oposición que conspire con el enemigo o que intente violencia. No tememos, por tanto, la libertad de palabra. El heraldo ateniense solía proclamar: "Quien así lo desee, levántese y hable", e idénticamente, el que lo desee puede subirse a una silla en Hyde Park y decir lo que quiera sobre el Gobierno, la Constitución, la religión del Estado o cosa parecida. Disfrutará de un auditorio variable y escéptico, que tan pronto escucha a un orador como a otro, y que pasa de largo cuando no le divierte. Habrá también por allá uno o dos policías, no para molestar a los oradores, sino sólo para evitar que nadie se excite demasiado o use de violencia.

¿Podrá durar esta afortunada situación, las brutales necesidades de la guerra, que cercan nuestra libertad por todos lados, abruman la vida con nuevos miedos y rebajan todo nuestro

nivel de cultura, habrán destruido los fundamentos sobre que está basado este generoso idealismo clásico? Difícil es decirlo. Difícil es resistir esa letal presión de la guerra, pero el hábito hondamente arraigado de una vieja cultura será también difícil de descuajar. Creo que guardaremos mucho de nuestra cultura tradicional. Seguiremos siendo aficionados, y los alemanes siempre profesionales; o, como decía cierto alemán a un amigo inglés: "Ustedes serán siempre bobos, y nosotros nunca seremos caballeros".

Poco antes de la guerra vino a dar unas conferencias a Oxford un austriaco, tan amable como increíblemente sabio. Nos deslumbró con su erudición, y aunque no creímos en sus ingeniosas teorías, apenas si había alguien capaz de contestarle. Tuvo la amabilidad, una noche, de aceptar una invitación a una sociedad de estudiantes de letras clásicas, donde un alumno leía un trabajo sobre ciertos poetas de la antología griega. Fue una reunión muy concurrida, que terminó en una animada discusión sobre diferentes poetas y estilos de poesía griegos. Nuestro visitante me dijo luego que no creía que una escena de esa clase fuera posible en una universidad alemana o austriaca. No es que aquellos muchachos fuesen eruditos, sino que amaban la poesía griega como amaban la poesía inglesa. Eran *philosophoi* y *philokaloi*; gustaban de la erudición, pero también

de la belleza. La tradición clásica estaba viva en ellos como lo estaba en poetas como Milton, Shelley y Tennyson, o estadistas como Fox, Peel y Gladstone.

Noviembre 1942.

---

---

## Notas de Historia de Costa Rica

Por ALFONSO JIMENEZ

(Eseritas hace 42 años)

17 DE SETIEMBRE

1860.—A las 9 de la mañana, don Juan Rafael Mora, ex-Presidente de la República, proscrito a consecuencia de la revolución del 14 de agosto de 1859, desembarca en Puntarenas, para ponerse al frente del movimiento revolucionario iniciado en la noche del 14 en Esparza (Esparta) por don Ignacio Arancibia, quien, en unión de los demás sublevados, había sorprendido en esa misma noche la guarnición de Puntarenas, depuesto a las autoridades del lugar y proclamado al señor Mora Presidente de la República. Con el señor Mora desembarcaron también su hermano don José Joaquín, su cuñado don José María Cañas y otros. Casi al propio tiempo, una hora después, ante millares de espectadores, salen de esta capital, a debelar a los revolucionarios, no-

vecientos hombres armados y numerosa oficialidad, al mando de don Máximo Blanco, como General en Jefe, enviados por el Gobierno que presidía el Dr. don José María Montealegre.

En ese estado las cosas, los acontecimientos se sucedieron con rapidez, como era natural, pues ya no se hubiera podido atajarlos, a menos que los sublevados se hubieran rendido sin disparar un tiro, a lo cual se oponían las condiciones personales de los jefes, la fuerza con que contaban y la esperanza que tenían de un levantamiento general contra el Gobierno, fundada en la antigua popularidad de señor Mora (don Juanito, como le decían) y en promesas más o menos sinceras.

La catástrofe no se hizo esperar. El día 20 ocurrió el primer encuentro: un cuadro de 20 oficiales, destacado para que avanzara reconociendo el campo, llegó al Río de la Barranca y empeñó el combate con el fin de quitar al enemigo la barca que servía para pasar el río, y ayudado por una compañía al mando de su Capitán don Próspero Fernández, que protegía el cuadro, puso en derrota a la escolta enemiga. En esa acción hubo soldados que dieron muestra de heroísmo, pasando el río a nado bajo la lluvia de balas. El 24, cuando todo el ejército pasaba el río, hubo otro pequeño encuentro, resultando algunos muertos y heridos, de ambas partes. Encerrados en Puntarenas, don Juan Rafael

Mora y los suyos, con 300 hombres armados y varias piezas de artillería, por haber construido en la Angostura o parte más angosta de la lengua de tierra en cuyo extremo está aquella ciudad, una fuerte trinchera defendida por 7 cañones, todo el resto de la campaña se redujo a la toma de la trinchera, no sin grandes trabajos por la falta de elementos y embarcaciones. No es posible entrar en pormenores. En la noche del 28 de setiembre se verificó el asalto y la toma de la trinchera por las tropas del Gobierno, con pérdida de muchas vidas; entre los muertos figuraron don Ezequiel Pi, de nacionalidad española, que había combatido a los filibusteros de Walker y servía al Gobierno con el grado de Teniente Coronel, y 70 costarricenses, todos hombres de trabajo, padres de familia y agricultores propietarios. Luégo en virtud de los decretos expedidos, se elevó el cadalso; condenados por un consejo de guerra, fueron fusilados don Juan Rafael Mora y el señor Arancibia a las tres de la tarde del día 30, y don José Ma. Cañas a las 9 a. m. del 2 de octubre. Los señores don José Joaquin Mora, Lic. don Manuel Argüello Mora y don Leonidas Orozco fueron expatriados el mismo día, librándose de la muerte por orden del Gobierno, transmitida por correo. Entonces no había telégrafos en el país.

Además de los citados, aparecen en la rela-

ción de los sucesos, entre los nombres de los agentes y servidores del Gobierno, los de los señores don Francisco Ma. Iglesias, comisionado civil, doctor Alejandro Frantzius, médico y cirujano; don Florentino Alfaro, don Francisco Montealegre, don Federico Fernández, don Pedro García, don Francisco Alvarado, don Pedro Quirós, don Fernando Oreamuno, don Toribio Mora, don Marcelino Pacheco, don Tomás Herra, don José Castro, don Ramón Castro Araya, etc., como jefes y oficiales del ejército.

El 7 de octubre entró el ejército en esta capital, entre manifestaciones de regocijo que debieron de lastimar muchos corazones.

¡Página triste de nuestra historia! Los hermanos combatiendo unos contra otros, con valor y abnegación; repitiendo las acciones de la guerra de 1856-1857, esta vez ya no contra extraños sino contra sus parientes, porque los costarricenses constituimos en verdad, no por figura de retórica, una sola familia. ¡Quién pudiera arrancar esa página y condenarla al olvido! . . . Mas, nó; que ella encierra enseñanza dolorosa, pero útil.

Doblemos la hoja rápidamente.

\* \* \*

1858.—Se da el título de ciudad a la población de Puntarenas y se dispone que como tal goce de todas las prerrogativas anexas a dicho título, en

atención a haberse aumentado considerablemente su población y el número de sus establecimientos valiosos, y como recompensa por los muchos servicios que prestó espontáneamente en la campaña contra los filibusteros.

La ciudad de Puntarenas, situada en nuestro bello puerto del Pacífico, en el Golfo de Nicoya, tenía 2,538 habitantes en febrero de 1892.

En prueba de las simpatías y predilección que tienen los costarricenses por aquel lugar, basta decir que un paseo allá, ha sido y es el deseo general en materia de viajes dentro del país. Por desgracia ha perdido el puerto parte de su antigua importancia.

### 19 DE SETIEMBRE

1843.—La Asamblea Constituyente del Estado declara, por decreto de este día, que don Antonio Pinto *ha contraído un mérito por haberse ocupado del restablecimiento del orden público, alterado por los acontecimientos del 11 al 15 de setiembre de 1842, y en nombre del Estado, le dirige una expresión de aprecio y gratitud.* Tal decreto está firmado por don Juan Mora (el Benemérito Primer Jefe Supremo del Estado), don Francisco María Oreamuno y don Félix Sancho, como Presidente y Secretarios de la Asamblea; don José María Alfaro, como Jefe Supremo Provisorio, y Dr. don José María Castro, como Ministro General del Despacho.

Cuando ocurrió el levantamiento de los pueblos contra Morazán, en setiembre de 1842, el señor Pinto fue aclamado General en Jefe, y con ese cargo dirigió la campaña y gobernó el país hasta el día 27 del propio mes, con bastante acierto, a juzgar por el decreto expresado, expedido un año después de aquellos acontecimientos, y el cual honra tanto al caudillo popular.

De ahí la importancia del acto de la Asamblea, pues es la aprobación completa de las medidas tomadas por el señor Pinto.

## 22 DE SETIEMBRE

1871.—A las 6 de la tarde muere en esta capital don Anselmo Llorente y Lafuente, primer Obispo católico de Costa Rica.

El señor Llorente pertenecía a una antigua y respetable familia costarricense; nació en la ciudad de Cartago el último año del siglo XVIII; trasladóse en 1818 a Guatemala, donde hizo sus estudios; se ordenó de sacerdote en 1820; en 1847 entró a servir de Rector del Colegio Seminario de Guatemala; en 1848 fue diputado a la Asamblea Constituyente de aquella república; el 7 de setiembre de 1851 se verificó su consagración de Obispo de Costa Rica; entró solemnemente a esta ciudad el 27 de diciembre del mismo año y tomó posesión de la diócesis,

que rigió por cerca de 20 años; durante la administración del señor don Juan Rafael Mora, fue extrañado de la República, por haber surgido un conflicto a consecuencia de cierto decreto del Gobierno, pero se le llamó a raíz de la revolución que derrocó a los Mora, en agosto de 1859; y asistió en 1870 al célebre último Concilio convocado por el Papa Rey de Roma, Pío IX, para declararse *infallible*.

Aunque no era rico, pudo el señor Llorente con sus rentas, merced a su espíritu de orden y economía, emprender varias obras y contribuir para otras. Donó a la nación el edificio que sirve de cárcel de mujeres, y \$ 1,000 al Hospital de San Juan de Dios, construyó en Cartago una sólida casa para el establecimiento de Monjas Ursulinas, auxilió la construcción de varios templos, entre ellos los de San Francisco y Soledad de Cartago; hizo suplementos para que no se suspendiese la edificación del edificio del Colegio Seminario; suscribió acciones a toda empresa útil en el país, no en beneficio propio sino de alguna iglesia pobre; estableció él mismo una fábrica de ladrillo, donde trabajaba personalmente a veces, por ser aficionado a las artes mecánicas, y en la cual trató de mejorar la calidad de los

ladrillos con sus conocimientos teóricos; costéó su viaje a Roma, etc. A su muerte dejó muy poco a su familia y lo más a los templos y a la humanidad necesitada.

La casa que ocupaba el señor Llorente cuando acaeció su muerte, es la misma en que estuvo después la Administración General de Correos. El entierro fue el 24 de setiembre y en ese acto pronunció el Dr. don José María Castro Madriz un sentido discurso, del cual copiamos lo siguiente: "Ese crecido número de personas de todas condiciones que ha llenado su palacio durante la enfermedad que ha puesto término a sus preciosos días; ese interés tan vivo por salvarle; ese anhelo por asistirle todos, disputándose este honor; ese pueblo constantemente agrupado en rededor de la casa del paciente; ese dolor y ese luto hoy extendido en todo el país, y esta inmensa concurrencia, son señales inequívocas de que la Diócesis conocía el mérito de su Prelado, y de que Costa Rica comprende lo grande de su pérdida".

Sepultados los restos entre la Catedral y la Capilla del Sagrario, fueron trasladados al interior de aquélla, una vez reconstruida, cerca del altar de San José.

*23 de Setiembre*

1842.—“Las autoridades civiles, eclesiásticas y militares de la ciudad de San José, celebran un acta desconociendo a los Poderes Supremos que habían regido el Estado de Costa Rica después de su ocupación por el ex-Presidente Morazán. En el mismo día fue proclamado Jefe provisional del Estado el señor J. M. Alfaro, y comandante general de las armas don Antonio Pinto, que se había puesto a la cabeza de los pueblos en las jornadas del día 11 y siguientes. Todos estos actos fueron confirmados por los demás pueblos de Costa Rica y celebrados con entusiasmo en toda la República”.

Don José María Alfaro, hombre honrado y de carácter afable y bondadoso, fue llamado, como se ve, en circunstancias extraordinarias a gobernar el Estado, y lo hizo con lealtad y acierto, hasta el 8 de mayo de 1847. Mereció de la Asamblea Constituyente reunida en 1843 un voto de aprobación de sus actos y de gratitud por su conducta patriótica.

*26 de Septiembre*

1835.—“La Municipalidad de Cartago, una de las cuatro principales ciudades de Costa Rica, desconoce a los poderes constitucionales del Estado y pro-

mueve la convocatoria de un Congreso Constituyente con igualdad de representación. Secundado este pronunciamiento por Heredia y Alajuela, y armadas las tres poblaciones, marcharon sobre la ciudad de San José, residencia entonces del Gobierno; pero rechazados los disidentes en este primer ataque y batidos sucesivamente en las acciones del 14 y 28 de octubre, las tres poblaciones rebeldes se sometieron y prestaron de nuevo obediencia a las autoridades constituidas. Gran parte tuvo en esta sedición el Clero, a quien habían alarmado mucho los decretos sobre la supresión del diezmo y días festivos, y la tuvo asimismo la rivalidad entre la ciudad de San José, capital entonces del Estado, y la de Cartago, que lo había sido antiguamente de toda la provincia."

Era la época de la administración constitucional del Licenciado don Braulio Carrillo. Además de los decretos citados, que bien pudieron servir de pretexto para la sedición, la Asamblea, penetrada de la inconveniencia de la ley que mandaba que el Gobierno residiese periódicamente en las cuatro ciudades del interior, había expedido el 2 del propio mes de setiembre de 1835, un decreto en que la derogaba, fijaba para residencia de los supremos poderes la hermosa planicie del Murciélagos (barrio de San Juan, al Norte de esta ciudad) y disponía que mientras se construían en ella los edificios necesarios, residieran la Asamblea y el Concejo en Heredia y el Ejecutivo y la Corte Suprema de Justicia en San José, con el objeto de cortar para siempre la causa de disgustos y trastor-

nos. Mas lejos de apaciguar ese decreto el encono de los habitantes de Cartago, lo hizo estallar, lo que dio por resultado, entre otras cosas, que San José fuese la capital. Las medidas de prudencia y conciliación no tuvieron éxito alguno. El mismo día que en Cartago se alzaban contra la Constitución y el orden establecidos, la Asamblea comisionaba a los ciudadanos Pedro Bermúdez, Nicolás Carrillo, Ramón Jiménez, Manuel Alvarado (Presbítero), Juan Mora, Nicolás Ulloa y José María Arias para que recorrieran las poblaciones principales rectificando los errores propalados e indagando las pretensiones justas y razonables que mereciesen la atención de la Asamblea, sin perjuicio de que el Ejecutivo usara de sus facultades legales para conservar el orden.

El 6 de octubre el Jefe Supremo declaró rebeldas contra la Constitución y las autoridades que por ella regían al Estado, a las ciudades de Cartago, Heredia y Alajuela, y prometió el perdón a los empleados, militares y soldados infieles que antes de romperse las hostilidades, dejaran de servir a la causa de la sedición. Ya sitiada esta ciudad por los rebeldes, el Jefe Supremo propuso arreglos satisfactorios y hasta prometió renunciar del poder si era preciso, con tal de que se retirasen y depusieran las armas, y ofreció en rehenes a dos de sus hijos, como garantía del cumplimiento de su palabra. Se vió en eso debilidad o temor de parte del Gobierno y no fue aceptado. El Jefe Supremo no les guardó más consideraciones y, apoyado por los habitantes de San José,

Escasú, Pacaca y demás poblaciones de esta provincia,—los mismos que en otro tiempo habían sostenido las instituciones democráticas y habrían de vencer a Morazán,—castigó a los rebeldes y reprimió el espíritu de hostilidad que alimentaban.

Tal fue el primer atentado público y escandaloso contra la Constitución de 1825 por parte de los que debían haberse empeñado más en sostenerla. Natural es suponer que eso determinase un cambio en las ideas de Carrillo acerca de la clase de Gobierno que convenía a Costa Rica. No es extraño que más adelante, cuando ese hombre extraordinario volvió al poder en virtud de una revolución, prescindiera de la Constitución y estableciera un Gobierno fuerte, que hizo cuanto pudo por inculcar en este pueblo hábitos de respeto a las leyes y de paz y trabajo.

*28 de Setiembre*

1825.—Se expide el siguiente interesante decreto: “La Asamblea Constitucional del Estado libre de Costa Rica, teniendo presente la escasez de brazos que padece el Estado, la necesidad de contribuir con los señalados a la defensa de la República, y la oportunidad de corregir los vicios *expiando* a los pueblos de los vagos e inútiles, ha tenido a bien decretar y decreta: Art. 1.<sup>o</sup>—Para alistar los cien hombres con que este Estado debe contribuir al Ejército de la República, el Gobierno admitirá los enganches voluntarios de cualesquiera personas con las calidades de ordenanza Art. 2.<sup>o</sup>—Entre tanto, alistará todos los reos

con causa seguida o a quienes se siguiere, de que resulte merecer la pena de presidio o destierro. Art. 3.<sup>o</sup>—No bastando éstos al número necesario, se alistarán también los notoriamnete viciosos o vagos, sin distinción, calificándolos de tales el mismo Gobierno con las listas e informes que exigirá al efecto de las Municipalidades'', etc. Entre otras disposiciones que se omiten, contiene el decreto la de que, en todo caso, sean llamados al servicio en primer término los solteros. Lo suscriben los señores Pedro Zeledón, Manuel María de Peralta y Joaquín de Iglesias, Diputados; José Rafael de Gallegos y Gregorio Guerrero, Consejeros, y Juan Mora, Jefe Supremo.

¿Qué les parece el decreto a nuestros modernos gobernantes? Los viejos, quienes, según todas las trazas, acostumbraban inspirarse en el interés general, pensaban que el sistema de enganche voluntario para el ejército era el mejor; que podía emplearse el servicio militar como correctivo de criminales, viciosos y vagabundos; y que a las gentes de trabajo y a los padres de familia honrados no se les debía llamar al servicio sino en último recurso.

---

Para nuestro Occidente, la megalomanía de Hitler tendrá consecuencias menos graves que la de Pío Nono en la segunda mitad del siglo XIX, declarándose infalible y emprendiendo su cruzada terrenal para enmendarle la plana a la Naturaleza, autora de las desigualdades y de las armonías consiguientes.

## ¡Dáale con la democracia!

Voltaire aseguraba que jamás había presenciado una discusión en que los contrincantes dieran a las palabras un mismo valor. Igual declaración podríamos hacer todos, cual más, cual menos, máxime cuando se trate de cosas tan caprichosas como la democracia. Esta palabra significa etimológicamente gobierno del pueblo o de la mayoría, y en este sentido la empleo, a sabiendas sin embargo de que el uso de los términos en sus acepciones rectas desagradará generalmente a los que, hallándose todavía en la edad de los sueños, gustan de la vaguedad e imprecisión de los castillos en el aire. ¿No oigo a cada momento calificar de democráticas a cualidades tales como la sencillez y la sinceridad, justamente propias de quienes no procuran halagar o seducir a las masas? Con igual frecuencia se barajan el amor al pueblo y la democracia como si una de estas cosas fuera condición de la otra. ¿Acaso porque amo a mis niños he de confiarles el gobierno de la casa? Otras veces se pone en el cesto de flores de la democracia, y como algo exclusivo de ella, la oportunidad que ofrece a todos para surgir y elevarse a los más altos puestos. No se considera que dicha oportunidad existe también, y juiciosamente regulada esta vez, en regímenes aristocráticos. (*Aristocracia* significa *gobierno de los mejores*).

No debo, pues, contestar el galano editorial con

que el *Diario de Costa Rica* ha honrado una descosida conversación mía, hermoseedada por el señor redactor de *La Nueva Prensa*. Deseo únicamente referirme a una pregunta que hace y á un adjetivo que me aplica dicho editorial.

Voy con la pregunta. "¿Qué proceso ha seguido la ciencia sino el de la democratización?" ¿Se confunde aquí la palabra democratización con la palabra popularización? De otro modo ¿qué tiene que ver la ciencia con la democracia o con los procedimientos de ésta? La ciencia es obra de razonamiento; la realizan individuos privilegiados que se llaman Galileo, Maxwell, etc.; se impone por evidencia o demostración. El recuento de votos o pareceres es el procedimiento democrático por excelencia, y por él se deciden o resuelven precisamente los asuntos que somos incapaces de resolver a ciencia cierta. Tan sólo donde no cabe la demostración hay campo para el sufragio, que es entonces tan natural como lo es el andar a tientas para el que no tiene ojos o para el que tiene ojos y no ve. En otro sentido no es posible invocar la naturaleza al hablar de democracia. Para el progreso, la naturaleza no conoce más recurso que el de la rígida selección, o sea, el triunfo de las minorías sobre las multitudes.

No sé de una persona inteligente e ilustrada que crea de veras en la eficacia del sufragio como medio de darse un buen gobierno. Pero sé de un sinnúmero de personas inteligentes e ilustradas que son demócratas. Para explicar su caso, ellas hacen la siguiente con-

fesión de impotencia: *el sufragio no sirve, dicen, pero no poseemos otro expediente.*

Con menos costo podríais recurrir al sorteo, más o menos como lo hacíais hace poco para la elección de jurados,—replicamos los de la minoría antidemócrata y antiabsolutista a la vez. Y agregamos: en todo caso, si queréis vernos por ahora a la cola de vuestro rebaño, convengamos al menos en estos cuatro puntos: 1.<sup>o</sup> Volvamos al sufragio por grados, perfeccionándolo, a fin de que cada ciudadano pueda votar conscientemente por personas que le sean conocidas de verdad; 2.<sup>o</sup> disminuyamos el número de los cargos públicos y el de los funcionarios; 3.<sup>o</sup> alarguemos el período de gobierno; 4.<sup>o</sup> reduzcamos al *mínimum* la esfera de acción de este gobierno.

Voy con el adjetivo. Sostiene el editorialista aludido, que si soy *georgista* soy partidario de un principio democrático. Alto, amigo, soy georgista, pero sírvase ver hasta dónde. En economía política se suele denominar georgistas a todos los partidarios del impuesto único, como en geografía se llama América a nuestro Continente. ¡Inexactitudes de vocabulario, nadá más! El sistema económico del impuesto único, ni debería llamarse georgismo, ni implica ningún principio democrático. Henry George partió del falsísimo principio comunista de que “todos los hombres han sido creados iguales”, para llegar a formular un sistema económico que había sido preconizado cientos de años antes y que había sido defendido magistralmente por el filósofo Collins a mediados del siglo pasado, Ahora bien, los más

fogosos adversarios de la democracia son los colinsistas, que han adoptado el nombre de *logarquistas* a fin de que se entienda sin ambigüedad que ellos no acatan más autoridad que la de la razón impersonal, en contraposición con los que aceptan el gobierno del mayor número o *la autoridad de la ignorancia*, según la expresión de Colins.

ELÍAS JIMÉNEZ ROJAS

20 de mayo de 1927.

Si el Gobierno hubiera de decirnos cuándo tenemos que sembrar y cuándo que recoger, no tardaríamos en quedarnos sin pan.

*Tomás Jefferson*

\*

Según he leído hace ya algún tiempo, los farmacéuticos han sido desconsiderados en los Estados Unidos. Su jerarquía académica es inferior a la de los médicos o ingenieros o abogados. En Costa Rica se va más allá: se restringe a los farmacéuticos su libertad profesional; se discuten sus honorarios y se les fija a los no—propietarios el tiempo que pueden dedicar a su actividad particular; todo como si su carrera no fuera un arte liberal—que requiere el ejercicio de un entendimiento cultivado.

\*

El señor candidato oficial a la Presidencia de la República, don Teodoro Picado, ha hecho un pacto político con el partido comunista de Costa Rica, con la aprobación del señor Arzobispo Sanabria, de San José. ¡.....!